

L MUNDO

de la coexistencia pacífica. Debía también romper la dura cáscara de la congelación de las ideologías dominantes en los Estados Unidos, que les habían llevado a convertirse en lo que alguien ha llamado "un imperio involuntario" por la torsión de unas ideologías liberales de democracia; fue preciso un acontecimiento como el de la crisis del Caribe en 1962 para que entrase directamente en la época de la coexistencia.

Es curioso observar que los movimientos de rectificación hechos por las tres grandes fuerzas —el catolicismo, el comunismo, el capitalismo democrático— después de aquel periodo, son también similares. Es posible que la nueva reserva, la nueva cautela, el paso más lento y más cuidadoso al avanzar por los nuevos caminos de Pablo VI corresponda a una disposición política muy similar a la de Kossigún y Brejnev cuando sucedieron a Khrushchev. La transición en los Estados Unidos ha sido más dolorosa y más violenta. Precisamente porque fue allí donde sonó con toda claridad la señal de alarma de los acontecimientos que podrían sobrevinir si se avanzaba demasiado rápidamente por el camino emprendido: el asesinato de Kennedy. Porque la revolución de los veintinueve meses dejaba marginadas fuerzas muy importantes en cada uno de los sectores y en la generalidad del mundo. Fuerzas que no se resignaban a desaparecer, pero, sobre todo, fuerzas que



E. HARO TECLEN

seguían teniendo miedo, que no sabían salir del cascarón de sus ideologías esclerotizadas. Para ellos, el "aggiornamento" —en el comunismo, en la Iglesia o en el capitalismo democrático— era una descomposición, una traición, una disgregación. Siguen creyéndolo, aunque cada vez con menor fuerza y menor número. Bastará una situación grave para que se recuperen. Por eso estas rectificaciones —comparables al "feed back" del lenguaje cibernético— han venido a contener la fuerza con que nació la coexistencia pacífica. Han sido precisos diez años para que se admita generalmente.

Son precisamente los diez años transcurridos desde la muerte de Juan XXIII, el primer acontecimiento cronológico que deshizo aquella conjunción, el que señala el final de los veintinueve meses de carácter histórico. Cuando se sembraron los frutos que se empiezan a recoger ahora. Serán precisos muchos más años, muchas más rectificaciones, mucho más juego de "feed back", para una reconstrucción abierta de las ideologías dañadas y, sobre todo, para una estabilización del mundo, que sangra por muchas heridas. Y para que el sentido de la paz y la coexistencia se refleje con justicia en cuantas han sido sus víctimas y lo siguen siendo todavía. La sensación que se tiene en estos momentos es que ese camino es irreversible, aunque enormemente difícil. ■ E. H. T.

EN los lugares más diversos del mundo se ha conmemorado el documento cumbre de la Iglesia católica en la Edad Contemporánea: la Carta de Juan XXIII que tituló «Paz en la Tierra».

La Comisión Nacional «Justicia y Paz» la ha conmemorado en un acto público celebrado en Madrid, al que asistieron españoles y extranjeros reunidos con motivo de la Asamblea de las Organizaciones Internacionales Católicas. Hablaron el Presidente español, señor Ruiz-Giménez; el Secretario de la Comisión Pontificia, el abogado Vittorino Veronese y el Nuncio en España, Monseñor Dadaglio.

Pero no sólo la Iglesia ha conmemorado este documento en los países de acá del telón de acero. También lo han hecho los países tras este telón, e incluso participando las autoridades civiles, como ha ocurrido en Budapest. Allí, el secretario de Estado, Miklos, declaró: «Expresamos nuestra estimación y nuestro recono-

cimiento a Juan XXIII, porque se mostró capaz de comprender el desarrollo de la Historia, y tuvo el coraje de romper públicamente con la atmósfera de guerra fría y de anticomunismo... Y es-

Monseñor Klempa, en un acto religioso que celebraron los católicos húngaros, bajo la presidencia de Monseñor Ijjas —presidente de la Conferencia Episcopal húngara— definió la labor

cristianos y los no-cristianos».

En nuestro país, la celebración eclesial de la encíclica del Papa Juan se puede resumir en las frases clave que el abogado Veronese —antiguo director general de la UNESCO y Presidente de la Acción Católica Italiana—, dijo: 1) «Nada hay tan radicalmente revolucionario como la aplicación de los derechos del hombre», por eso el Papa Roncalli fue el más revolucionario de todos los Papas por haber basado toda la estructura de la sociedad en esta aceptación universal de los derechos humanos básicos que él enumeró y que pretendió que fuesen aplicados valiente y radicalmente; 2) el Papa Juan pidió la convivencia, la libertad de asociación y la participación de todos en la marcha de la sociedad, y —como dijo Veronese— «no cabe buscar disculpas en este tema argumentando que no está preparado el pueblo», y 3) la Iglesia no puede pretender solamente la libertad religiosa para ella, sino que tiene que pedir todas las libertades que son básicas a la convivencia social: «la libertad es indivisible, y

LA LIBERTAD DE "SER MAS"

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

peramos que el encuentro celebrado en Berlín de católicos del Este y del Oeste, aumentará el número de aquellos que siguen esta línea de conducta y este espíritu».

realizada por Juan XXIII como «una revolución profunda que liberó a la Iglesia de gran cantidad de trabas que la atenazaban», y «abrió nuevas vías para lograr la paz a través del diálogo entre los



LA LIBERTAD DE "SER MÁS"

ción industrial y el comienzo de la revolución social.

Juan XXIII, en el siglo de la libertad y de la democracia, acepta sin ningún prejuicio ni suspicacia el mensaje de los hombres de su tiempo, no por oportunismo, sino por creer en la verdad de este mensaje humano para su época.

Y, sin embargo, seríamos infieles al espíritu de Juan XXIII si no reconocieramos el gran salto que ha dado el mundo en estos diez años y la necesidad de perfeccionar esta encíclica de los derechos humanos y de la libertad democrática, ahondando en los nuevos aspectos del mundo actual. Si los signos de los tiempos fueron los cuatro pilares de «la verdad, la justicia, el amor y la libertad», ahora nos tenemos que preguntar qué nuevos aspectos ha adquirido el mundo y cuál es la postura que los hombres de hoy —católicos y no católicos— tenemos que adoptar. Lo que ocurre es que en muchos casos ni siquiera se han cumplido las pretensiones de Juan XXIII. Si la guerra total no ha estallado, también es verdad que todos nos hemos acomodado a los conflictos localizados, como dice el Cardenal Roy. Además, «la violencia prolifera como sustitutivo de la guerra total». Y ha nacido «un neocolonialismo económico que ha sucedido frecuentemente a la colonización política precedente». En cuanto a los derechos del hombre, no les faltan palabras, sino aplicación.

Aparte de ello es verdad que hay que reconocer que «la interdependencia entre las naciones existe; pero sólo entre las naciones ricas cuyas economías tienen cada vez menos necesidad de los países técnicamente atrasados» (Cardenal Roy).

Si el Papa Juan se dirigió a plano de igualdad a todos los hombres, ahora un Cardenal de la Iglesia, representando la acción de la justicia y de la paz, cuya misión también corresponde al catolicismo, se dirige al Papa en nueva forma fraternal, en contra de las costumbres autoritarias de la jerarquía de la Iglesia, para recordar al dirigente espiritual máximo —Pablo VI— lo que piensa el mundo creyente y no creyente.

Juan XXIII se encontró con una sociedad en la que se les pedía a todos un testimonio, pero hoy nos encontramos con amplios núcleos en la sociedad que creen en el derecho y la responsabili-

dad de ejercer el «civismo de disentir» respecto a todo lo que sea violencia e injusticia, como dice el Cardenal Roy, y el Papa Pablo VI, con sencillez ejemplar, lo ha asumido en su discurso del 11 de abril de este año.

Por primera vez se aprecia en Juan XXIII la aceptación plena del pensamiento de los hombres de hace diez años. Y ahora la Iglesia vuelve también a asumir el pensamiento que pretende una sociedad radicalmente nueva para el futuro. En vez de continuar con las recetas de moralismo ingenuo, se pide ahora el estudio científico de la guerra por medio de los Institutos de Polemología, para ayudar así a conocer mejor el problema de la violencia entre naciones y superarla. No se tiene miedo a reconocer la verdad que puede haber en una nueva noción de la autoridad, ya que a algunos les parece «demasiado vertical y demasiado exteriorista» la noción que de ella dio Juan XXIII. No se asusta tampoco el Cardenal Roy al reconocer que la autogestión debe ser la nueva manera de entender el antiguo autoritarismo, reemplazándolo por esta participación social espontánea —más dialéctica y más anárquica, dice textualmente— de la vida social. Del mismo modo que hay quienes creen, y también lo acepta la Iglesia por boca de este Cardenal, que hay que dar mayor lugar a la construcción del futuro humano «a lo irracional, al instinto, a la iniciativa o a la aventura», buscando esa «utopía realista» que predicaban algunos sociólogos actuales para salir del círculo vicioso en que la Humanidad se encuentra actualmente con las soluciones demasiado estrechas que han dado hasta ahora a sus problemas.

La «prospectiva» y la «futurología» tienen mucho más que decir que la visión recortada que ha sido hasta hace poco norma en los cambios sociales humanos.

Y se impone también el desarrollo de nuevos derechos, como son el que tenemos todos los hombres a una «visión del mundo y de nosotros mismos» que no esté deformada por los medios masivos de comunicación social, para lo cual tiene que darse cauce al derecho popular de defenderse contra estas «desfiguraciones». Y el nuevo derecho en un mundo como el actual, que nos invade haciéndonos robots del automatismo social y de la masificación de la vida: «el derecho a

la intimidad», a la protección del espacio interior de la persona, de la familia, etc. Todo ello revela que es ya insuficiente el concepto latente en la encíclica de Juan XXIII de una libertad como «no-dominación», porque ahora descubrimos que la única libertad que convence al ser humano es la de «ser más», y no solamente la de no estar dominados, o la que pretende la sociedad de consumo cuantitativa, que es «tener más» en forma compulsiva y angustiada, que no nos deja reposarnos en la satisfacción de lo que tenemos, sino que exige que pongamos nuestra inquietud, nuestro deseo y nuestra angustia en esa carrera hacia el cambio cuantitativo y, en general, hacia la mayor cantidad de todo, sin mirar a la calidad ni al disfrute de esta calidad.

No podemos tampoco contentarnos con hablar de nuestros males sociales y ponerles un remedio puramente exterior, por inteligente que parezca a primera vista, sino que tenemos que buscar la causa de las «explosiones sociales», que son las «frustraciones» humanas ante un mundo que ha perdido el sentido de la intimidad, de la calidad y de la verdadera libertad.

Están de más las palabras excesivamente románticas y sentimentales que se referían a un orden espiritual considerado hoy demasiado «esencialista», cuando lo que necesita es buscar «lo humano en el hombre». Una búsqueda más plena de lo humano, a la cual nos deben llevar incluso nuestras convicciones religiosas, es el distintivo de nuestra época.

Y hemos de poner mucho cuidado los católicos en no caer en un nuevo triunfalismo progresista, que no sería nada más que un «neoclericalismo», y que nos conduciría a un nuevo mirarnos egocéntricamente a nuestro propio ombligo, a pesar de que nos revistamos de posturas de progreso. El gran peligro de este catolicismo de aparente avanzada es el de convertirse no en un verdadero y radical diálogo con todos y con todo, sin perjuicios ni intollerancias, sino en «un monólogo político confesional», ayer de derechas y hoy de izquierdas.

Esto es lo que la misma Iglesia analiza después de pasar diez años de esta «revolucionaria» encíclica de Juan XXIII. Seguir la será hoy superar su letra y ponerse en marcha hacia un futuro distinto y más profundo que el vislumbrado por Juan XXIII. ■ E. M. M.

no se puede pretender la libertad religiosa si no están aseguradas las demás libertades: nada de privilegios para ella, sino petición por su parte de libertad para todos.

Difícilmente se podría expresar más concisamente el pensamiento social de este dirigente máximo de la Iglesia católica, que rompió los moldes clericales tan acostumbrados en la Iglesia y comenzó con él una nueva etapa del catolicismo.

Juan XXIII revolucionó la Iglesia superando el autoritarismo usual en los dirigentes religiosos, y se abrió una nueva actitud mucho más en consonancia con el Evangelio que la que había sido corriente en la Iglesia durante siglos. Dos características demuestran esto: el tono modesto y de diálogo que adopta el Papa para hablar de las cosas de los hombres, evitando ese lenguaje pontifical que resulta tan insufrible a los hombres de hoy, y el dirigirse en este tono de diálogo no solamente a sus seguidores religiosos, sino a todos los hombres de buena voluntad.

Su postura no fue la de dictaminar sobre los derechos del hombre desde el punto de vista religioso, sino, al contrario, dictaminó que los creyentes teníamos que aceptar los descubrimientos de nuestro tiempo, sobre todo auscultando los «signos de los tiempos». Ya —desde él— no tenemos que ser los creyentes evadidos del mundo y de sus problemas, sino estar atentos a los procesos de la historia de los hombres para detectar el mensaje que nos dan. Todo lo contrario del inmovilismo religioso, político y social del siglo XIX, expresado en las terribles encíclicas de Gregorio XIII y Pío IX, que rechazaban todo el progreso de su tiempo, asustados como estaban del cambio que en el mundo se había producido con la revolu-